

«nunciar su nombre quisiera negarle.» Aquí se vé que Klopstock no quiso retratar á un mosquetero de la secta, sino á uno que reunia las circunstancias mas espantosas en que puede hallarse un adalid del ateismo. Otro retrato no menos enérgico de un ateista práctico tenemos en nuestra comedia española intitulada *El Convidado de piedra*, en la cual el carácter de don Juan Tenorio es el mas teatral que se ha visto sobre las tablas desde que hay representaciones; de lo que es una prueba el ver que apenas hay nacion europea que no le haya traducido y adoptado en su propia lengua.

Lo ideal en la sentencia resulta de las máximas ó pensamientos que se atribuyen á un personaje, siempre mayores y mas realzadas que las que usan comunmente los individuos de la especie humana, segun las diversas situaciones en que pueden hallarse. En este género de belleza fué incomparable nuestro español Lucano. No hay orador ni poeta entre los antiguos que haga hablar á sus héroes con la nobleza y grandiosidad con que lo ejecuta el animoso y gallardo autor de la *Farsalia*. En su *Cornelia* se vé cifrada toda la grandeza de que un alma romana era capaz en aquellos tiempos. Su César es el ejemplar de un hombre nacido para hacer mudar de semblante al universo político. Los razonamientos de su Caton, no tanto son razonamientos, sino golpes sonoros y majestuosos que se desgajan desde la cumbre del Olimpo para confundir la imaginacion de sus lectores. Hasta los personajes subalternos conservan una heroicidad que pasma. ¿Quién se esperaria este modo de hablar en Afranio, capitán del partido de Pompeyo, vencido por César?

Victoris stetit ante pedes : servata precanti
Majestas, non fracta malis, interque priorem
Fortunam, casusque novos, gerit omnia victi,
Sed ducis, et veniam securo pectore poscit.
Si me degeneri stravissent fata sub hoste,
Non deerat fortis rapiendo dextera letho;
At nunc sola mihi est orandae causa salutis.
Dignum donanda, Caesar, te credero vita. (1)

Un grande imitador de Lucano en esta parte ideal de la sentencia fué Pedro Cornelio. Sus tragedias francesas están llenas de pasajes bellísimos que hacen maravillar á quien los lee. Sirva por único ejemplo el siguiente pedazo de la famosa escena del *Cinna*, en que Augusto perdona á su valido que le habia agraviado de un modo muy infame.

En est ce assez, ó Ciel ! et le sort, pour me nuire,
A-t il quelqu' un des miens, qu'il venille ancor seduire?
Qu'il joigne á ses efforts le secours des enfers.
Je suis maitre de moi, comme de l' univers.
Je le suis, je veux l' être, ó siecles ! ó memoire !
Conservez á jamais ma dernière victoire.
Je triomphe aujourd'hui du plus juste courroux,
De qui le souvenir puisse aller jusqu' á vous.
Soyons amis, Cinna, c' est moi qui t' en convie.
Comme á mon ennemi je t' ai donné la vie:
Et malgré la fureur de ton lâche dessein,
Je te la donne ancor comme á mon assassin.
Commeucons un combat, qui montró par le issue
Qui t' aura mieux de nous, ou donné, ou recue.

(1) Phars. lib. IV. 350.

Al vencedor se presentó, y mostrando
La majestad de su anterior fortuna,
Con el rubor de la presente, lejos
De dejarse abatir de la desgracia,
General todavía, aunque vencido
Si los hados, le dice, hubieran hecho
Que me rudiese á un enemigo innoble,
No fallaría esfuerzo en esta mano
Para abreviar mi muerte; mas ahora
Salvarme de ella solicito; y solo
A ejecutarlo, oh Cesar, me convida
El tenerte por digno de dar vida.

Tu trahis mes bienfaits; je los veux redoubler.
Je t' en avois comblé; je t' en veux acabler. (1)

El lector ve por sí mismo cuán difícil es que Augusto tuviese un razonamiento tan elevado y pomposo como el que acabamos de citar, y por consiguiente que el poeta le suplió con su fantasía, espresando no tanto lo verdadero, cuanto lo verosímil ó lo posible. Lo mismo hicieron los grandes cómicos cuando se propusieron pintar caracteres ridículos ó aborrecibles, de los que Plauto y Molière nos ofrecen infinitos ejemplos, entre los cuales el mas digno de observacion es, segun nuestro juicio, el de *Tartufo*, á cuya belleza no hay escritor de comedias, antiguo ó moderno, que se acerque. Tambien nuestros cómicos españoles tienen cosas excelentes en este género.

La belleza ideal de la diction consiste en escoger entre las palabras las que manifiesten con mayor prontitud y evidencia las propiedades sensibles de los objetos, en la combinacion y agradable enlace de estas mismas palabras, en el uso acomodado y fácil de las transiciones, en el movimiento, rapidez, abundancia y gracia del estilo, en la armonía y variedad de los períodos. El conjunto de todas estas calidades es el que produce aquel suave encanto con que se leen las obras de los grandes escritores: el que hacia que los griegos adorasen á Homero y á Platon, y los latinos á Ciceron y á Virgilio: el que hará inmortal la lengua francesa en los escritos de Masillon, de Pascal, de Bossuet, de Fenelon, de Lafontaine y de Racine, y la italiana en los de Dante, Petrarca, Bocacio, Ariosto y Tasso; y finalmente el que pondrá la lengua española al lado de las mas hermosas, siempre que el despotismo literario no la cargue de cadenas no menos serviles que vergonzosas, y siempre que la manejen escritores semejantes á Oliva, Avila, Granada, Leon, Mendoza, Mariana, Ribadeneyra, Garcilaso, Herrera, Cervantes y Argensola. Para hacer ver mas distintamente en qué consiste esta belleza ideal de la diction, nos valdrémos de tres ejemplos sacados de las tres lenguas mas conocidas, que son la española, la latina y la francesa. Hemos creído siempre que cuando se trata de aclarar las ideas abstractas, las aplicaciones valen mas que los preceptos.

(1) Act. V. Esc. última.

Ya basta, cielos, ya basta.
¿ Le habrá quedado á mi adverso
Cruel hado de mis amigos
Alguno, á quien pueda fiero
Engañar? Pero ¿ qué digo?
Pues aunque intente violento
Conspirar todo el abismo,
Auxiliar de sus esfuerzos,
Tan señor de mis acciones
Soy, como del universo.
Si, yo lo soy, lo he de ser,
Y... mas; ó memoria! ó tiempos!
Guardad en vuestros archivos
Eternamente el suceso
De esta mi postrer victoria;
Pues triunfador de mi mismo,
De mis justas iras hoy
Quiero templar el afecto.
Seamos amigos, Cinna:
Yo con mi amistad te ruego.
La vida te di una vez
Como á mi enemigo; pero
A pesar de tu furioso
Bajo designio violento,
Ahora te la vuelvo á dar
Como á un alevoso fiero.
Sea pues nuestro certamen
Inquirir por los efectos
Quien de los dos ha vencido,
Yo dando, ó tu recibiendo.
Tu inerato á mis beneficios;
Yo duplicarlos pretendo:
Pues sobre tantos, el colmo
De todos hoy darte quiero.